

## *Fundamentos Teóricos y Metodológicos del Estudio de la Historia Económica*

**Tamas Szmrecsányi<sup>1</sup>**

### **Fundamentos Teóricos y Metodológicos del Estudio de la Historia**

Para poder trabajar con eficiencia en historia económica, conviene inicialmente delinear la naturaleza, los límites y los elementos que la caracterizan y diferencian como campo de conocimiento específico e independiente. Por otro lado, es necesario poder diferenciar con claridad las diferentes perspectivas teóricas que coexisten en su estudio, sea cooperando complementariamente entre sí o, con frecuencia, oponiéndose las unas a las otras. En tercer lugar, necesitamos de una introducción, aunque sea provisoria, a los conceptos, métodos y procedimientos principales a los que se debe recurrir para la solución de los problemas de la disciplina, a medida que van surgiendo.

Comenzando por la primera tarea, cabe aclarar desde el comienzo que la historia económica no constituye hoy en día una rama de las ciencias económicas y/o del conocimiento histórico, sino que es una disciplina relativamente autónoma en cuanto a sus objetos e instrumentos de trabajo. Como tal, dispone de su problemática propia, así como de los métodos y técnicas de análisis que le son compatibles.

Es cierto que la mayoría de sus métodos y técnicas de análisis son usualmente tomados en préstamo, sea de la economía política, sea de las ciencias históricas o aún de otras ciencias sociales. En principio, no hay nada malo en esto, tratándose por el contrario, de una práctica perfectamente normal y corriente entre las disciplinas científicas en nuestro tiempo –basta recordar al

---

<sup>1</sup> Profesor e investigador del Departamento de Política Científica y Tecnológica del Instituto de Geociencias - UNICAMP. Ex Presidente de la Asociación Brasileira de Pesquisadores em Historia Económica (ABPE). Este es un texto revisado de la clase inaugural del Programa de Post-Grado en Economía, Área Específica de Historia Económica de la Facultad de Ciencias y Letras de la Universidad Estadual de San Pablo (UNESP), campos de Araraquara, dictada el día 15 de abril de 1998. Traducción: Juan Pablo Schulman. Revisión técnica: Daniel Campi.

respecto, en el campo de las llamadas “ciencias duras”, el ejemplo reciente de la biología molecular.

Lo más importante en estos préstamos es, de un lado, no perder nunca de vista los objetos perseguidos; y del otro, promover sistemáticamente la incorporación efectiva de los mismos de acuerdo con nuestras necesidades concretas. En el caso de la historia económica esto quiere decir que debemos tratar de evitar a toda costa los riesgos del economicismo, del historicismo y de otros “ismos” en nuestras formulaciones y generalizaciones. La constante reinterpretación de los conceptos y la crítica permanente de las teorías de las que se originan son fundamentales en la elaboración de los presupuestos de cualquier trabajo científico, de la misma manera que el contraste de las fuentes y los datos siempre constituyó un prerrequisito para la formulación de nuestras hipótesis.

Dicho esto, se puede señalar, desde luego, que la autonomía científica, aunque relativa, de la historia económica como disciplina específica, se manifiesta con toda claridad en el campo interdisciplinario de los estudios del desarrollo económico y social –o sea, de las transformaciones estructurales a través de la economía y de la sociedad–. En este aspecto, cabe hacer el análisis diacrónico no sólo de todas las transformaciones en las relaciones económicas en general, sino también de los cambios que ocurren en las instituciones que gobiernan tales relaciones, en las políticas que las orientan, como también en las ideas, teorías y doctrinas que las interpretan.

Al respecto, nunca está de más hacer notar que el estudio de dichas transformaciones a través del tiempo –sea de las relaciones económicas en sí, o de su contexto político, institucional o ideológico– no equivale a un simple estudio del pasado. O dicho de otra manera, la historia económica no debe ser entendida como disciplina científica dedicada al estudio del pasado *per se*. Los historiadores económicos, así como los historiadores en general, no son seres alienados del presente y/o del futuro. Para ellos, como para los demás científicos sociales, el pasado constituye apenas una referencia en el tiempo.

Se trata de una referencia cuya importancia reside en que nos permite explicar el presente, y hasta hacer previsiones para el futuro. Pero, el presente es también fundamental, pues al ser un producto del pasado, nos permite llegar a una interpretación del mismo. Y cualquiera que sea su punto de partida, el conocimiento histórico no se restringe sólo a un determinado período, ni es libremente utilizable para verificar o justificar teorías elaboradas fuera del contexto.

Nuestro objeto de estudio no reside en el pasado, sino en el tiempo, que también envuelve al presente y al futuro. Nuestros intereses se concentran fundamentalmente en los cambios y/o la permanencia de las estructuras económicas a través del tiempo, y por lo tanto, en el estudio de sus causas, de sus mecanismos y de sus consecuencias. Por estructura, término al cual volveremos luego en esta exposición, siempre entendemos un conjunto de relaciones. Y éstas pueden ser analizadas no sólo en varios niveles –de lo micro a lo macro, sino también en los más diversos ámbitos –que incluyen desde los sistemas de producción y de distribución, hasta las instituciones, las políticas económicas y la evolución del propio pensamiento económico.

De esos temas, los historiadores económicos deben tener un conocimiento tanto histórico como económico. No basta que sean buenos economistas o buenos historiadores, es preciso que tengan competencia en los dos campos. La dosis de conocimientos necesarios en historia y en economía debe variar apenas en función del objeto de estudio.

Con relación a esto, vale la pena recordar que los historiadores económicos, junto con especialistas de otras disciplinas, participan de una división de trabajo científico, un trabajo que, desde siempre, ha sido de naturaleza interdisciplinaria. Es en ese contexto, como bien señaló el historiador polaco Witold Kula,<sup>2</sup> donde nuestra disciplina tiene tanto para recibir como para contribuir en relación a las teorías y a los procedimientos de los participantes de la economía política. Los historiadores económicos sólo se diferencian de los economistas propiamente dichos por la utilización de métodos y técnicas de investigación propios de su disciplina –esto es, específicos de las investigaciones históricas– al basar sus trabajos en fuentes primarias de datos e informaciones, fuentes que incluyen no sólo distintos tipos de documentos, sino también series de tiempo ya existentes o por construir.

Según Kula, lo que distingue al trabajo de unos y otros reside primordialmente: a) en el material empírico con que se trabaja; b) en los procedimientos que se adoptan en relación al mismo, y c) en un mayor o menor dominio de ciertas técnicas auxiliares como la matemática y la estadística. Es en especial en este último campo donde podemos notar una nítida superioridad por parte de los economistas. En los otros dos, las diferencias de naturaleza cualitativa dificultan las comparaciones de la eficiencia entre los dos tipos de especialistas.

---

<sup>2</sup> Witold Kula, *Problemas y métodos de la historia económica*, 3ª ed., Barcelona, Península, 1977, pp. 84-92.

Los historiadores trabajan en general con fuentes primarias, de carácter documental o estadístico –fuentes que teóricamente manejan y/o son capaces de controlar–. En cambio, los economistas acostumbran a lidiar con información que es producto de la elaboración previa de entidades como los departamentos de estadística, otros organismos gubernamentales o privados, y centros de investigación regionales o sectoriales. Los datos e informaciones derivados de esas fuentes son, sin duda, mucho más ricos y funcionales, aunque estén todavía sujetos a serias distorsiones e imprecisiones. En este particular es importante recordar que tales datos e informaciones raramente son recolectados y sistematizados con criterios y objetivos teóricos bien establecidos, compatibles con las finalidades de su utilización posterior. Por ese motivo, no pueden ser usados tan directa y técnicamente como suele suceder, llevando muchas veces a los economistas a hacer afirmaciones y generalizaciones un tanto apresuradas y sin la necesaria fundamentación empírica y teórica.

Esto último, con frecuencia, también está ausente en los trabajos de muchos historiadores, criticables por ser excesivamente descriptivos y desprovistos de mayores esfuerzos de interpretación y de generalización. Los propios datos con que trabajan tienden muchas veces a ser insuficientemente explorados y analizados. Se trata, en éste caso, de limitaciones derivadas no sólo de lagunas en el instrumental de análisis estadístico, sino también de fallas en el conocimiento técnico del objeto de estudio.<sup>3</sup>

Pasando ahora a nuestra segunda tarea –la caracterización preliminar de las diversas perspectivas teóricas que coexisten y que se confrontan unas a otras en nuestra disciplina–, debemos inicialmente realzar su relativa juventud, tanto en el contexto de las ciencias históricas como en el de las ciencias económicas y sociales. En el campo historiográfico, la historia económica, a pesar de toda su importancia explicativa, surgió muy tardíamente –en el paso del siglo XIX al siglo XX–, habiendo sido precedida en tiempo por la historia religiosa, la historia militar y las historias diplomática, jurídica y política. Esto se debió, por un lado, a la falta de interés por la economía de los primeros historiadores y, por otro, al carácter y la función social de la historia en épocas pretéritas.

Lo mismo sucedió en el ámbito de la economía: los autores de la Antigüedad y de la Edad Media que trataban de la vida económica y social nunca llegaron a interesarse por su evolución a través del tiempo; era mucho

---

<sup>3</sup> Tamas Szmracsányi, “Historia económica, teoría económica y economía aplicada”, en *Revista Economía Política*, vol. 12, núm. 3, Sao Paulo, julio-septiembre de 1992, pp. 130-136.

más un instrumento de legitimación (ya sea del *status quo* o de sus cambios) que propiamente una disciplina científica.

La historia económica como disciplina apenas ha surgido a la luz como rama de la economía política de los tiempos modernos, en función del desarrollo del capitalismo y del Estado moderno, de un lado, y de la ocurrencia de la revolución industrial, del otro. Los capítulos históricos de *La riqueza de las naciones* (1776) de Adam Smith (1723-1790) pueden ser vistos como un importante marco en este proceso que tuviera inicio durante la década anterior en Gran Bretaña, con la publicación de diversas obras sobre historia del comercio y sobre la historia de las finanzas públicas. Asimismo la obra de Smith seguida, veinte años más tarde, por el estudio pionero de Frederick Morton Eden (1766-1809) sobre la pobreza y las clases trabajadores en Inglaterra.

Debido a eso, en el inicio del siglo XIX, sin constituir aún una disciplina independiente, la historia económica ya configuraba en aquel país un género de investigación bastante cultivado y un campo de estudio de creciente interés. Pero, a pesar de su grado de elaboración, se continuaba desarrollando mucho más por motivaciones políticas e ideológicas que por preocupaciones científicas. Como consecuencia de ello, la producción de trabajos de ese tipo todavía era fundamentalmente determinada en aquella época por las discusiones en torno de las *Poor Laws* y las *Corn Laws* –esto es, en torno de legislación y la administración relativas a los pobres, de un lado, y de los problemas referentes a la libertad de comercio (o de importación de granos), del otro.

Tales trabajos, muchas veces de carácter planfletario, servían de instrumentos de lucha en los debates políticos entre las diversas facciones de las élites gubernamentales. Se trataba de obras que defendían tesis contradictorias, con base en fuentes documentales y en consideraciones de naturaleza histórica. Uno de los economistas que primero se valió de ese tipo de literatura fue Thomas Robert Malthus (1766-1834), en defensa de sus ideas sobre las causas y los efectos del crecimiento de la población sobre la necesidad de protección a la agricultura. Lo mismo sucedió en Francia con las obras de Simonde de Sismondi (1773-1842); pero éste, además de ser un gran economista, fue también un emérito historiador.

Fue, sin embargo, en Alemania donde se dio la manifestación más vigorosa y más sistemática del surgimiento de la nueva disciplina, mediante la formación de la primera escuela histórica de economía, en contraposición a la escuela clásica de economía política, entonces ya dominada por David Ricardo

(1772-1823) y sus discípulos, que tenían más aprecio por la teoría y por la lógica de las ciencias económicas que por la historia de los sistemas y los procesos de la economía. Uno de los precursores de ese movimiento, y tal vez su desencadenante, fue el famoso economista Friedrich List (1789-1846), quien estaba a favor de la unificación alemana y fue autor de un libro de gran prestigio y circulación, el *Sistema nacional de economía política* (1841), en el cual defendía la adopción del proteccionismo aduanero para promover la industrialización. La discusión y repercusión de sus ideas acabaron dando origen a la primera escuela del pensamiento histórico-económico, liderada por Bruno Hildebrand (1812-1886), Wilhelm Roscher (1817-1894) y Karl Knies (1821-1898).

Todos esos autores fueron mucho más historiadores que economistas, y sus principales contribuciones fueron: a) un énfasis en el uso de métodos inductivos y empíricos de investigación, en contraposición a los métodos lógicos deductivos de los economistas ricardianos; b) la relativización histórica de los principales postulados de la economía política clásica, y c) la concepción del desarrollo económico en términos cronológicos como consecuencia de una sucesión de etapas relacionadas.

Esas ideas florecerían y se tornarían dominantes en Alemania a partir y por causa de la unificación política de aquel país, lo que haría surgir una segunda o “nueva” escuela histórica alemana, cuyos principales exponentes fueron Gustav von Schmoller (1838-1917), Lujo Bretano (1844-1931) y Karl Bücher (1847-1930). El más radical de todos fue el primero, que se volvió muy conocido no sólo por su defensa del mercantilismo (contra el liberalismo) y de los intereses del imperio alemán, sino también por las polémicas metodológicas que mantuvo con el fundador de la vertiente austriaca de la economía neoclásica, Carl Menger (1840-1921). Estas polémicas, (el famoso *Methodenstreit*), recién serían dejadas de lado y definitivamente superadas en nuestro siglo, por los exponentes de la tercera o “novísima” escuela histórica alemana, que incluía figuras como Werner Sombart (1873-1941), Max Weber (1864-1920) y Arthur Spiethoff (1873-1957).

Las obras de todos estos autores no deben dejar de ser estudiadas por quienes se interesen por la génesis y la evolución de la historiografía económica, debido a que la escuela histórica alemana se contrapone en términos teóricos tanto al marxismo como a la economía neoclásica, que le fueran contemporáneos. Y nunca está de más recordar que estas dos últimas escuelas de economía política poseen su propia historiografía.

El surgimiento del marxismo se dio, como sabemos, entre 1848 –año de publicación del *Manifiesto comunista*– y 1867 –fecha de publicación del libro I de *El Capital*, una obra que aportó importantes contribuciones a la interpretación histórica de la primera revolución industrial–. Ocurre, sin embargo, que en esa fase inicial de aquella escuela de pensamiento económico, sus principales exponentes –que fueron el propio Karl Marx (1818-1883) y Friedrich Engels (1820-1895)– estuvieron más interesados en la historia social de un lado y en las teorías económicas y políticas de otro, que propiamente en la historia económica, tomada por ellos como un dato de la realidad y no como un proceso a ser dilucidado. La historia económica como un problema central aparecería con fuerza en el pensamiento marxista hasta fines del siglo XIX, a través de trabajos como *El desarrollo industrial de Polonia*. En ese desarrollo del pensamiento histórico-económico marxista tuvieron también gran influencia escritos de John A. Hobson (1858-1940) y Rudolf Hilferding (1877-1941).

En la época en que ello se dio, la historia económica en términos científicos ya se hallaba plenamente constituida como disciplina académica independiente tanto en los países de lengua alemana como en Gran Bretaña. La propia denominación de la disciplina fue consagrada por la publicación, entre 1879 y 1899, de tres tomos de la *Deutsche wirtschaftsgeschichte*, del economista y estadístico austriaco Karl Theodor von Inama-Strernegg (1843-1908), el primer tratado de historia económica. Además, al inicio de este siglo, más precisamente en 1903, comenzó a ser publicada en Alemania la primer revista científica de la especialidad, la *Vierteljahrschrift für social an wirtschaftsgeschichte*, que continúa circulando hasta el presente. Data igualmente de aquella época la creación de numerosas cátedras de historia económica, que se fueron difundiendo desde las universidades alemanas y británicas hacia el resto del continente europeo y los Estados Unidos, y las primeras polémicas internas de la disciplina, como las relativas a los orígenes del capitalismo, en el cual se confrontaban los puntos de vista de Werner Sombart (todavía en su fase marxista) y de Henri Pirenne (1862-1935). Se trata de procesos que recién se manifestarían en Brasil y en el resto de América Latina alrededor de la década de 1930.

Luego de la Primera Guerra Mundial surgirían varias concepciones nuevas que ejercerían una influencia duradera en el desarrollo de nuestra disciplina. Una de ellas estuvo inspirada en el pensamiento de Max Weber, cuyas principales obras de síntesis histórico-económica fueron ambas póstumas, en *Economía y sociedad*, publicada por primera vez en 1921, e

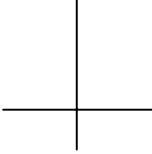
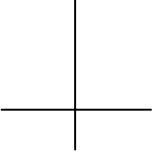
*Historia económica general*, que data de 1923. Otra fue la escuela de los *Annales* en Francia, creada por Marc Bloch (1866-1944) y Lucien Febvre (1878-1956), y brillantemente continuada por Ferdinand Braudel (1902-1985). Y la tercera resultó del surgimiento en Estados Unidos, ya en la década de 1930, de la llamada historia de empresas o *Business history*, que constituye actualmente casi una rama aparte dentro de la historia económica. Las dos primeras innovaciones tuvieron fuertes vinculaciones con la sociología, la del propio Max Weber de un lado, y la de Emile Durkheim en el caso de los historiadores franceses, que fueron también bastante influidos por las ideas de Pirenne. Finalmente, la historia de empresas mantiene hasta hoy sólidos vínculos con la llamada economía industrial, actualmente una de las ramas más importantes de la moderna teoría microeconómica.

Luego de esta rapidísima y superficial panorámica del surgimiento y evolución inicial de la historia económica, como disciplina científica específica y autónoma, que ciertamente dejó de lado muchos autores recientes y varias corrientes de pensamiento, podemos ahora pasar a nuestra tercera y última tarea introductoria, relativa a los principales conceptos, métodos y procedimientos de los que nos valemos en su estudio. Un estudio que, desde luego, no es sólo empírico, sino también teórico, de la misma manera que no existen teorías sin historia.

Nunca está de más señalar que la teoría siempre constituye el punto de partida y de llegada de cualquier investigación científica, sea para corroborarla, sea para contestarla; y la historia económica ha evolucionado paralelamente a la teoría económica, con los historiadores haciendo uso de ésta y los economistas valiéndose de aquélla. Sin embargo, esto no se hizo siempre con el necesario criterio y discernimiento. En el mundo en que vivimos, tanto el conocimiento como la ignorancia son especializados, y así los economistas tienden a ignorar la historia, mientras que los historiadores no se quedan atrás con lo que respecta a teoría. Son, en verdad, muy raros los casos de autores versados en las dos áreas, y algunos de ellos no pueden dejar de ser mencionados aquí.

Entre los historiadores merecen ser desatacados el sueco Eli F. Heckscher (1879-1952) y el británico John H. Clapham (1873-1946). El primero fue uno de los fundadores de la teoría contemporánea de las ventajas comparativas en el comercio internacional, y el segundo, uno de los primeros críticos “internos” de la escuela neoclásica por medio de su famoso artículo “Of empty economic boxes”, publicado en el *Economic journal*, en septiembre de 1922. Entre los economistas, el más importante y más conocido fue sin duda el austríaco





Joseph A. Schumpeter, autor de relevantes contribuciones histórico-económicas en algunos de sus ensayos publicados en periódicos y también en los dos libros principales de su fase más madura transcurrida en los Estados Unidos, a saber: *Business cycles* (1939) y su *Historia del análisis económico*, obra póstuma de 1954. Y, para no desdeñar a Brasil, tenemos el caso de Celso Furtado, quien, además de haber sido uno de los fundadores de la disciplina en el país, continúa siendo probablemente el mejor economista brasileño de todos los tiempos.

Cerrando el paréntesis, volvamos al asunto que aquí nos interesa, que es el de las relaciones entre la historia económica y la teoría económica. Para saber de qué teoría se trata, basta retomar el enunciado inicial del objeto de estudio de nuestra disciplina. Como señalábamos antes, se trata de la ciencia humana y social que estudia y sistematiza las transformaciones a través del tiempo, esto es, las permanencias y/o los cambios a) de las relaciones económicas en general, sean ellas de producción o de distribución; b) de las instituciones sociales que determinan y limitan tales relaciones; c) de las políticas económicas desarrolladas por agentes varios, y d) de las ideas, doctrinas y teorías económicas subyacentes a estos comportamientos y a su contexto.

A esa temática amplísima, que en sí ya apunta a las interrelaciones de la historia económica con otras ciencias sociales, como la economía, la política y la sociología, podemos agregar todavía la investigación sistemática de explicaciones económicas para procesos sociales, políticos, intelectuales y culturales extra-económicos, o sea, una historia económica aplicada a determinados campos o problemas específicos. Un buen ejemplo es el abordaje que practico en la Unicamp en mis cursos de Historia Social de la Ciencia y la Tecnología. Se trata de un enfoque correspondiente a lo que Marx llamaba “materialismo histórico” y/o “determinismo económico” —una perspectiva que, obviamente, necesita ser adoptada con los debidos cuidados, a fin de no desembocar en un economicismo vulgar, pero que, al mismo tiempo, ya se volvió moneda corriente tanto en nuestra disciplina como en el sentido común.

Dentro de ella, las principales indagaciones formuladas por los historiadores económicos versan respecto a las causas, los mecanismos y las consecuencias del desarrollo económico a través del tiempo. En sus tentativas de respuesta, nuestra disciplina tiene siempre un largo camino por recorrer y necesita apoyarse en las contribuciones y el auxilio de especialidades correlacionadas, notoriamente la teoría económica y los métodos estadísticos.

Esto ocurre porque las relaciones económicas raramente son directas y evidentes a primera vista, están sujetas siempre a la interacción de numerosos factores, cuyos orígenes y distintas fases precisan siempre ser debidamente percibidos y comprendidos. Esta es justamente una de las tareas de los economistas: a partir de tales variables y de sus interrelaciones construir funciones y modelos, y es solamente sobre la base de éstos, —por más simples y rudimentarios que sean—, que los historiadores económicos consiguen avanzar en sus tentativas de reconstrucción y sistematización de las situaciones y transformaciones históricas.

Por su lado, la estadística también tiene importantes contribuciones que dar a la historia económica, en la medida en que muchas, si no la mayoría, de las variaciones económicas tienen una dimensión cuantitativa evidente, referida a números y/o valores numéricos. Frecuentemente, las cifras que más nos interesan no se encuentran disponibles; e incluso, cuando esto ocurre, las mismas no son suficientes en sí, y siempre necesitan ser trabajadas por el investigador. Cómo hacerlo, particularmente cuando hay lagunas o surgen inconsistencias en los datos, es un problema que sólo puede ser resuelto con el auxilio de los métodos y técnicas de la estadística. Pero ésta, al contrario de la teoría económica, solamente nos ayuda a describir y caracterizar las situaciones, aunque no a interpretarlas ni a explicarlas ni mucho menos a sistematizarlas. Por otro lado, conviene siempre tomar como provisionarias las explicaciones realizadas por las teorías económicas, que tienden a tornarse obsoletas cuando los cambios de la realidad empírica son más rápidos que los de los paradigmas científicos establecidos. La permanente renovación de la historiografía en general, y no sólo de la historiografía económica, puede ser atribuida en parte a este último hecho.

Esa renovación no se debe solamente a los descubrimientos de nuevas fuentes y/o al desarrollo de nuevos conceptos, sino también —y tal vez principalmente— a los cambios en las cuestiones más relevantes para cada generación de historiadores. En el caso específico de los historiadores económicos, los procesos a ser estudiados siempre giran en torno a determinadas opciones y decisiones de naturaleza económica, las cuales, obviamente, tienden a cambiar a través del tiempo y del espacio, de acuerdo con la estructura, las instituciones y los valores de cada sociedad, y conforme a la coyuntura que ésta vive en varios momentos.

Entre los conceptos básicos de la historia económica merecen ser destacados los de *coyuntura* y *estructura*, ambos provenientes de la teoría económica y/o de otras disciplinas correlacionadas, pero ya incorporados al

vocabulario de los historiadores económicos. La coyuntura siempre encierra conjuntos de movimientos, o movimientos que presentan regularidades y repeticiones que vuelven posible su estudio sistemático. Por su parte, la estructura, según ya vimos, configura un conjunto de relaciones que presenta una cierta permanencia y una interdependencia entre el todo y las partes. Las estructuras económicas y sociales tienden a ser esencialmente dinámicas y no estáticas; la permanencia de las mismas no se refiere tanto a la forma o el contenido de las relaciones intrínsecas, sino a la relativa estabilidad o potencial equilibrio de las mismas.<sup>4</sup>

Además de esos dos conceptos, desearía también prestar atención a un tercero, este sí de naturaleza esencialmente histórica. Se trata de la noción de *proceso*, resultante de la ocurrencia a través del tiempo de determinados fenómenos y características, los cuales, a su vez derivan de la ocurrencia de ciertos hechos o eventos y de sus principales aspectos. El análisis de los procesos históricos –esto es, de los cambios de coyunturas y estructura a través del tiempo– constituye el abecé del trabajo de todo historiador.

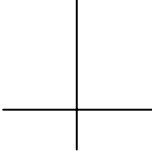
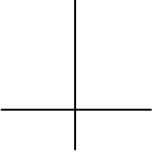
En ese trabajo, la selección de la metodología y de las técnicas de investigación depende fundamentalmente de la temática escogida y de las hipótesis de trabajo, pero se auxilia también, y bastante, de la documentación disponible y de los demás recursos que tenemos a mano. Una tentación frecuente, y por lo tanto un peligro a evitar, es el de escoger las técnicas que están de moda, las cuales pueden ser muy elegantes o interesantes, pero frecuentemente presentan el defecto de no adaptarse al tema escogido, al período estudiado, o, incluso, a las hipótesis de trabajo.

Por otro lado, conviene no perder nunca de vista que las investigaciones en nuestra disciplina poseen simultáneamente un carácter histórico y una dimensión económica. Esto significa que ellas no sólo deben tener en cuenta esos dos aspectos, sino que también deben procurar mantenerlos en equilibrio, evitando tanto los excesos del economicismo como los del historicismo. Se trata de algo fácil de decir, pero difícil de ser practicado, pues, en verdad, el historiador económico tiene que ser al mismo tiempo economista e historiador o historiador y economista, sintiéndose a gusto en las dos disciplinas, sin afiliarse preponderantemente a una u otra.

Una buena manera de conseguirlo es a través del estudio histórico de las dos disciplinas, cultivando la historia del pensamiento económico, de un lado, y practicando una historia de la historiografía del otro. En otras palabras, se

---

<sup>4</sup> Ciro Cardoso y H. Pérez Brignoli, “Conceitos, métodos y técnicas de historia económica”, en *Os métodos da história*, Río de Janeiro, Edições Graal, 1979, pp. 261-263.



trata de intentar no “reinventar la rueda o la pólvora”, sino, al contrario, aprender con los errores y los aciertos de los otros, tanto en el campo de la teoría económica como en el de la historia económica. Así es porque el conocimiento, al fin, también constituye un proceso histórico acumulativo –un proceso en el cual los saltos, aunque posibles, nunca son fáciles o inmediatos.